

¿Aire fresco para el País Vasco?

Paddy Woodworth*

Si tuviera que elegir una sola frase que resumiera todas las conversaciones que he mantenido durante una reciente visita al País Vasco, a mitad de camino entre las elecciones del mes de marzo y la investidura de Patxi López como primer lehendakari del PSE-EE, sería la siguiente: “aire fresco”.

Si esta frase hubiera sido pronunciada únicamente por los seguidores de Patxi López, o por sus insólitos nuevos aliados del PP, no habría sido especialmente digna de mención. Pero la llegué a escuchar también de boca de las personas que llevaban votando al PNV durante décadas, e, incluso, la escuché pronunciar a personas que sospecho también hayan votado al PNV en esta ocasión.

Este apoyo ha generado inquietud y malestar sobre la formación del nuevo gobierno, y sobre eso vamos a reflexionar a continuación. Pero seguía habiendo un innegable

halo de alegría en la expresión de su lenguaje corporal, una resonancia del regocijo de los niños cuando por fin llega la hora de salir de clase, y entre las personas que no habían mostrado un entusiasmo especial por el PSE-EE. “Cambio, por favor,” como señaló una de las personas, “aunque venga Satanás”.

En la mayoría de las democracias avanzadas, estos sentimientos no sorprenden a nadie. Obviamente no es sano para ninguna sociedad tener al mismo partido en el poder durante tres legislaturas, y no digamos aún si es durante treinta años.

En el País Vasco, sin embargo, este enfoque normalmente optimista de lo que presagia ser un movimiento paradigmático en la política de la región, es especialmente positivo. Es indicativo de una estabilidad subyacente, derivada de la profundidad y de la fuerza de las raíces comunitarias que se encuentran por debajo de divisiones políticas superficiales. Decir esto no significa subestimar las indudablemente altas tensiones y gravísimos peligros engendrados por el ‘conflicto vasco’ sin resolver, y por la persistencia del apoyo al terrorismo, sino simplemente situarlas en el contexto de una sociedad civil muy elástica.

Para contextualizar mejor este momento histórico en el que se encuentra la Comunidad Autónoma Vasca, me gustaría hacer algunas observaciones sobre las elecciones y su resultado.

El PSE-EE y el PP, los dos partidos cuyo pacto ha desbancado del gobierno al PNV, han

* Este trabajo ha sido escrito originalmente en inglés y traducido para su publicación en “Hermes”.

Paddy Woodworth

es autor de *"The Basque Country"* (Oxford, 2008) y *"Guerra Sucia, Manos Limpias: ETA, el GAL y la Democracia Española"* (Crítica, 2003).

competido en estas y en anteriores elecciones partiendo de una posición de desventaja crítica, única en el marco de la UE: sus candidatos se encuentran bajo amenaza de muerte del grupo terrorista, y sus simpatizantes a menudo se ven obligados a ocultar su afiliación en público.

Este hecho lóbrego y simple suele ser ignorado con demasiada frecuencia por aquellos partidos –todos los que se encuentran dentro del ámbito del nacionalismo vasco– que disfrutan de lo que deberían ser los derechos universales de participación democrática total y abierta en la sociedad, pero que son negados a sus oponentes políticos.

Antonio Basagoiti me señalaba con ocasión de una entrevista realizada para mi último libro, *The Basque Country* (Oxford 2008), que gran número de sus votantes, especialmente en las zonas rurales, comparten algunas o todas las identidades culturales de los votantes *abertzales* de su comunidad –el euskera, la pelota, el deporte rural vasco, la danza, el coro, la sociedad gastronómica, etc.–. Pero hay una cosa en la que se ven obligados a ser diferentes: no pueden mostrar abiertamente sus preferencias políticas, su sentido de identidad. Ellos son vascos, sí, pero no pueden expresarse como vascos españoles en sus propias comunidades, por el miedo a la intimidación y al asesinato.

La primera prioridad de toda persona demócrata vasca debería ser la eliminación de esta sombra terrorista omnipresente en la sociedad vasca. No ha sido ésta la prioridad de gobiernos liderados por el PNV aunque su registro a este respecto se ha visto mejorado de forma significativa en los últimos años.

Con demasiada frecuencia, aunque siempre con numerosas y honrosas excepciones, he oído a líderes nacionalistas vascos, quienes no apoyan en absoluto a ETA, hablar, sin embargo, de manera informal sobre los que son objeto de esta salvaje persecución como si ellos fueran, en cierta forma, responsables de su propio destino, simplemente por ser lo que son. Otros especulan con el hecho

de que la sociedad vasca puede absorber cómodamente el nivel bastante bajo de violencia real en la actualidad, y que ETA no merece la atención política ni de los medios que recibe. Ésta es una posición fácil de adoptar si nunca has sufrido personalmente el dolor de ser incapaz de llevar a tu hijo de pesca sin un guardaespaldas, o de decidir de forma espontánea ir a comer fuera con tu amante, al restaurante que tú quieras.

Txema Montero se ha atrevido valientemente a manifestar el terrible pensamiento de que si ‘el comienzo del fin de ETA llegó cuando empezaron a matar a políticos del PSE y del PP, entonces el fin del fin sólo llegará cuando maten a políticos nacionalistas vascos’. Esperemos que nunca llegue a este grado, pero la mejor forma de prevenir que esto llegue a ocurrir es que los políticos nacionalistas se opongan a ETA con el mismo vigor con el que lo harían si de verdad se encontraran personalmente en la línea de fuego.

Decir esto no significa aprobar todas las medidas contraterroristas empleadas en la actualidad por el Estado español, y, ciertamente, tampoco la ilegalización de organizaciones políticas radicales, un punto al que volveremos más tarde. Puede ser factible perfectamente que un ‘enfoque de resolución del conflicto’, que abrazara el diálogo con los terroristas, fuera una forma mucho más productiva de avanzar. La cuestión es que el precio actual de unirse a los sectores vascos del PSOE y del PP no es que sea sólo atrocemente alto, sino que también devalúa de forma crónica los compromisos políticos no adquiridos por ETA, a menos que sus afiliados hagan muestra de una solidaridad pública férrea e inquebrantable con el resto de sus colegas demócratas.

Es importante para la credibilidad de las instituciones y valores democráticos vascos que la transición administrativa inminente se realice sin exabruptos.

Es importante para la credibilidad de las instituciones y valores democráticos vascos que la transición administrativa inminente se realice sin exabruptos.

El PNV se ha enfurruñado y pataleado en recientes declaraciones públicas, especialmente con motivo de las celebraciones del Aberri Eguna, reclamando haber ‘ganado’ las elecciones, e, implícitamente, cuestionando la legitimidad de una administración liderada por López. Hay preguntas que responder sobre la total legitimidad de su gobierno, pero éstas tienen que ver con la exclusión de Batasuna y sus sucedáneos, y no con que el PSE-EE tenga media docena de escaños menos que el PNV.

Patxi López hizo una campaña explícita en favor de un ‘gobierno transversal’, y en contra de un ‘frente constitucionalista’. Al electorado no se le ofreció la opción de un pacto PSE-EE/PP durante la campaña.

El partido ganador en unos comicios cualesquiera no tiene derecho automático a formar gobierno a menos que tenga una mayoría absoluta. Otros partidos tienen todo el derecho a combinarse para formar un gobierno en base a una mayoría parlamentaria. Tan simple como suena.

Es lógico que haya estados de ansiedad en círculos peneuvistas con respecto a la transición, especialmente en un sistema, desgraciado desde el punto de vista de este ciudadano del norte de Europa, en el que un desorbitante número de puestos públicos constituyen un regalo de gobierno. Pero será un reflejo positivo de madurez democrática del PNV y de la sociedad vasca que los elementos prácticos de la transición funcionen con la precisión del mecanismo de un reloj, y si se abandona la retórica de que el PNV es el gobierno ‘real’ del pueblo vasco.

Pero Patxi López hizo una campaña explícita en favor de un ‘gobierno transversal’, y en con-

Parte de la victoria socialista de marzo de 2008 se explica por el enorme apoyo recibido en el País Vasco y Cataluña. En aquellos momentos, ciudadanos nacionalistas votaron al Partido Socialista para impedir la victoria del PP, y éstos no entenderían ahora posiciones frentistas.

tra de un ‘frente constitucionalista’. Al electorado no se le ofreció la opción de un pacto PSE-EE/PP durante la campaña.

Resulta ofensivo. Pero, sea bienintencionado o perverso, los partidos políticos en las democracias a menudo reniegan de sus promesas electorales cuando se enfrentan a la aritmética de los resultados electorales. A López no se le debería juzgar por el supuesto ‘engaño’ de negociar un pacto con el PP. Difícilmente habría podido dejar pasar esta oportunidad, como manifestó Jesús Eiguren, de ‘reconocer de una forma práctica la identidad plural de Euskadi’. Debería ser juzgado sobre sí, en la práctica, su gobierno es realmente *frentista*, esclavo de la agenda nacionalista española del PP, o si es sensible a la identidad y aspiraciones de la comunidad nacionalista vasca.

Un editorial de *El País* (3 de marzo) verbalizó con gran claridad el precio que el PSOE pagará a nivel estatal si se comete un error: “Apostar por la investidura de Patxi López como lehendakari con los votos del Partido Popular no está exento de riesgos. El beneficio más inmediato es la presencia de un no nacionalista en Ajuria Enea. Pero esta decisión lleva al PSOE a un futuro electoral incierto. Parte de la victoria socialista de marzo de 2008 se explica por el enorme apoyo recibido en el País Vasco y Cataluña. En aquellos momentos, ciudadanos nacionalistas votaron al Partido Socialista para impedir la victoria del PP, y éstos no entenderían ahora posiciones frentistas.”

Y este mismo rotativo, tradicionalmente próximo a la ideología del PSOE, también señaló la estrecha base de apoyo de la que inicialmente disfrutará: “Además, la coalición de gobierno PSOE-PP goza de escaso apoyo popular. Según la encuesta del CIS, sólo un 4,6% de vascos la apoya

y la gran mayoría de ellos son votantes del PP.”

Si puede ampliar dicha base, especialmente si se gana la confianza de, al menos, un sector de la comunidad nacionalista vasca, Euskadi puede tener un motivo para estar agradecida: por no estremeerse ante lo que parece ser un cáliz ponzoñoso.

Sin embargo, el PNV sigue siendo la fuerza líder de la política vasca, con una ventaja considerable con respecto al PSE, su más próximo competidor.

Sí, así es, y obtuvo un elevado porcentaje de voto y un porcentaje de voto absoluto, mayores de lo que había conseguido en las primeras elecciones autonómicas de 1980, un logro extraordinario para un partido que se podía haber esperado que hubiera sufrido el ‘desgaste’ ocasionado por un período tan prolongado en el poder. Pero ha sido realmente la debacle electoral de sus aliados de Eusko Alkartasuna y Ezker Batua-Berdeak, y no su propio declive, lo que le ha forzado, aunque por un pequeño margen, a abandonar el poder.

¿Qué nos dice todo esto de las percepciones vascas del ‘Plan Ibarretxe’ y sobre el liderazgo de Ibarretxe? ¿Debería el partido renovarse en la oposición con una nueva propuesta de liderazgo más aceptable para el PSE, o quizá debiera aferrarse firmemente a Ibarretxe y a su posición pro-soberanista que, obviamente, resultan tan populares entre su electorado?

Estas son unas preguntas muy difíciles. Es una enorme pena que la muy dudosa decisión del gobierno y del poder judicial españoles de bloquear la consulta de Ibarretxe nos haya privado de la oportunidad de saber lo que realmente piensa la sociedad vasca sobre este plan. Esta elección no era un referéndum sobre el plan, y nadie, y menos aún el lehendakari saliente, hizo campaña

Ha sido realmente la debacle electoral de sus aliados de Eusko Alkartasuna y Ezker Batua-Berdeak, y no su propio declive, lo que le ha forzado, aunque por un pequeño margen, a abandonar el poder.

al respecto como si lo fuera. Así pues, los resultados no nos dicen nada sobre dónde se posiciona la gente con respecto a las controvertidas propuestas de Juan José Ibarretxe.

Parece justo especular con que esta evidente popularidad entre el electorado nacionalista vasco puede responder más a su gestión de la economía (y a la campaña de odio suscitada contra él por los poderosos medios de comunicación nacionalistas españoles) que al apoyo a su obstinada persecución de la soberanía vasca. De cualquiera de las formas, la indudable popularidad carismática de Ibarretxe dentro del electorado nacionalista vasco puede desconcertar a aquellos que no han sido seducidos por la misma, pero es real, y ningún partido puede prescindir a la ligera de una baza tal. Si la administración de López se transforma en un ‘frente constitucionista’ en la realidad, el PNV no tendrá otra opción (ni otra inclinación) que dirigir un ‘frente abertzale’ en la oposición bajo el auspicio de su liderazgo.

Pero si López demuestra que es flexible y hábil para alcanzar al PNV, el partido haría bien en considerar un nuevo líder que pudiera articular el asunto pendiente inacabado de colmar de valor la identidad vasca de una manera que pudiera compartir cómodamente el sector *vasquista* del PSE-EE.

El PNV dejará el poder después de ocho legislaturas, con una cartera de indicadores socio-económicos que serían la envidia de la mayoría de los gobiernos de una sola legislatura de la UE.

Esta elección no era un referéndum sobre el plan, y nadie, y menos aún el lehendakari saliente, hizo campaña al respecto como si lo fuera. Así pues, los resultados no nos dicen nada sobre dónde se posiciona la gente con respecto a las controvertidas propuestas de Juan José Ibarretxe.

Sí, no cabe duda. La batería de estadísticas, desde la atención sanitaria a la educación, pasando por la economía, que puede desplegar el gobierno saliente es una evidencia positiva de que el PNV tiene profundas

habilidades políticas y administrativas. Será un récord muy difícil de superar para López y su partido, y prácticamente imposible de mejorar, especialmente en la actual crisis en la que estamos inmersos. La tasa de desempleo, por ejemplo, se encuentra en torno a la mitad de la del estado español. Puede que la gente dé la bienvenida al 'aire fresco' del cambio en una administración en la que los denominados *jeltzales* han provocado que el ambiente de muchas instituciones quede rancio y trasnochado. Pero es posible que lamenten retirar la mano del PNV de la rueda motriz vasca en este momento particular.

Al igual que todos los gobiernos de larga duración, el PNV ha sido, sin duda, culpable de corrupción y abusos de poder.

La verdad es que sabremos más de esto cuando el nuevo gobierno asuma el poder. Pero la evidencia de la que se dispone en la actualidad sugiere que su expediente queda ostensiblemente limpio si se compara con otros partidos que han dirigido durante largos períodos de tiempo el poder, como el PRI de México, o el PSOE de Felipe González en España.

Como ya se ha mencionado anteriormente, hay un segundo elemento en la política vasca que también es único en la UE: la mayoría de un sector significativo del electorado vasco, la izquierda

El PNV dejará el poder después de ocho legislaturas, con una cartera de indicadores socio-económicos que serían la envidia de la mayoría de los gobiernos de una sola legislatura de la UE.

Como ya se ha mencionado anteriormente, hay un segundo elemento en la política vasca que también es único en la UE: la mayoría de un sector significativo del electorado vasco, la izquierda abertzale, se ha visto excluida de estas elecciones a través de la ilegalización sistemática de los partidos políticos radicales, y el encarcelamiento sistemático de líderes políticos a causa de sus presuntos vínculos con el terrorismo.

abertzale, se ha visto excluida de estas elecciones a través de la ilegalización sistemática de los partidos políticos radicales, y el encarcelamiento sistemático de líderes políticos a causa de sus presuntos vínculos con el terrorismo.

La ilegalización de Batasuna se ha justificado como respuesta a la campaña de asesinatos políticos ejecutada sin piedad por los socios de ETA, próximos al partido. Y el rechazo obstinado de Batasuna a romper sus vínculos con el terrorismo, hace que la presencia del partido en organismos democráticos sea problemática y dolorosa. Pero la draconiana aplicación de la Ley de Partidos, acompañada de una ofensiva judicial que deja expuesto el carácter servil del sistema legal español a la brisa política y mediática, ha desencadenado la censura de numerosos abogados de los derechos humanos, incluyendo, recientemente, a un ponente de la ONU.

A menudo se suele olvidar que no dio placer alguno a la mayoría de los demócratas irlandeses y británicos ver a los otrora líderes terroristas del IRA alabados internacionalmente, como si de los retoños inmaculados de Nelson Mandela y de la Madre Teresa de Calcuta se tratara. Pero queda patentemente claro que nunca habríamos dado comienzo al proceso que condujo a la paz en mi país si hubiéramos prohibido al Sinn Féin y hubiéramos encarcelado a Gerry Adams y a Martin McGuinness.

Una figura legal española de primer orden, que no cree realmente en el estado de derecho y en la independencia del poder judicial, me confesó en 2002 que las consecuencias de la Ley de Partidos podrían ser 'peores que el

GAL' para la democracia española y vasca. Cuando el estado democrático rompe las mejores de sus reglas propias en la lucha contra el terrorismo, tanto si es a través de una guerra sucia o pervirtiendo las normas del juego electoral, la que pierde es la democracia, no los terroristas ni sus animadoras.

El GAL se convirtió en un poderoso elemento en el argumento propagandístico de ETA de que España se había comportado como si fuera una dictadura en el País Vasco y la ilegalización de Batasuna y sus sucedáneos ha dado innumerables argumentos a una ETA mucho más debilitada para continuar atrayendo a reclutas entre aquellos que, con cierta justificación, dicen en la actualidad que 'no cuentan con voto alguno en su propio país'.

Yo no creo en el argumento de que la Ley de Partidos fue introducida en respuesta al fracaso del 'frente constitucionalista' para ganar las elecciones vascas de 2001, pero está tan claro, como que el autor del presente artículo lo está redactando en este momento, que Patxi López no sería lehendakari electo si se le hubiera permitido a toda la *izquierda abertzale* participar en estos comicios.

Esto es un tema muy serio, ya que este hecho demuestra que la ilegalización de partidos políticos también distorsiona gravemente los resultados democráticos y la representatividad política.

Si incluimos los 100.000 y pico votos que han quedado anulados de la *izquierda abertzale*, la mayoría sociológica de la CAV que sigue afiliada a la aglutinadora iglesia del nacionalismo vasco, se siente cómoda. El ascenso en los recientes comicios de Aralar, el sector minoritario de la *izquierda abertzale* que rechaza explícitamente la violencia política, es una mayor evidencia de que el nacionalismo vasco sigue siendo dominante, aunque retroceda, en la región. Pero aún es demasiado pronto para afirmar que Aralar se encuentre en

Y puesto que el nacionalismo vasco, a grandes rasgos, conserva una cómoda mayoría sociológica, este hecho hace que la posición del gobierno entrante resulte por ende incómoda. Patxi López gobernará una sociedad con una identidad de base que él no comparte, y en la que su mayoría parlamentaria depende de la exclusión de una opción política principal.

el camino de llegar a convertirse en una fuerza dominante en la izquierda vasca pro-independencia.

Y puesto que el nacionalismo vasco, a grandes rasgos, conserva una cómoda mayoría sociológica, este hecho hace que la posición del gobierno entrante resulte por ende incómoda. Patxi López gobernará una sociedad con una identidad de base que él no comparte, y en la que su mayoría parlamentaria depende de la exclusión de una opción política principal. Su posición es legal en el marco de la actual legislación española, pero su legitimidad democrática más profunda queda como mínimo abierta a debate.

La incomodidad de López se verá duplicada porque su posición también depende del PP, un partido que está en total desacuerdo con el PSE-EE en gran número de cuestiones, compartiendo únicamente el deseo común de ver al PNV desplazado del poder, y la amarga experiencia de vivir a la sombra de las listas de los objetivos de ETA. El reciente anuncio del grupo terrorista de que ampliará estas listas para incluir en las mismas a todos los participantes en el nuevo gobierno, incluidos los independientes, pone a la democracia vasca bajo el peso de una presión adicional nefasta.

Me gustaría terminar planteando algunas preguntas que serán, yo creo, la clave para ver si el País Vasco realmente va a respirar aire fresco en los próximos años, o si va a continuar respirando el aire nocivo de continuación del conflicto.

¿Se centrará el PSE-EE en *desmantelar* lo que ha construido el PNV, en ocasiones en coalición con el mismo PSE, en los últimos 30 años, o bien se centrará el nuevo gobierno en construir algo nuevo, más amplio y más plural que la Euskadi que hemos conocido hasta la fecha?

Si el nuevo gobierno da el giro y se convierte en un *frente constitucionalista*, ¿de qué manera responderá el nacionalismo vasco democrático y el radical?

¿Se encuentra un nuevo proceso de paz realmente fuera de la agenda, como sugiere el PP, y se ha sustituido por el objetivo de derrocar a ETA, con un carácter *puro y duro*?

O, ¿quizá deberíamos dar una cierta credulidad a las pistas de que Jesús Eguiguren pudiera encontrarse ya en el proceso de hacer un nuevo esfuerzo para resolver el conflicto vasco mediante una cierta forma de diálogo con la *izquierda abertzale*?

Reflejando las mejores de las esperanzas que yo albergo, echemos un vistazo a este escenario a medio plazo. Supongamos

¿Se centrará el PSE-EE en dismantelar lo que ha construido el PNV, en ocasiones en coalición con el mismo PSE, en los últimos 30 años, o bien se centrará el nuevo gobierno en construir algo nuevo, más amplio y más plural que la Euskadi que hemos conocido hasta la fecha?

que, durante un período de uno a dos años, el PSE-EE gobierna la CAV de una forma eficiente, respondiendo tanto a las expectativas de su propio electorado y a las sensibilidades nacionalistas vascas. Y asumamos también que el apoyo del PP a este gobierno fracasa, bien porque no satisface el apetito conservador de golpear al nacionalismo vasco, o porque hay un traspaso de poderes en Madrid, o por ambas razones a la vez.

¿Es imaginable que el PNV utilizaría este período para revisar sus propias prioridades, encontrar un nuevo liderazgo más abierto a relaciones flexibles con el PSE que las actuales, y emerger como el socio natural para el nuevo gobierno transversal que podría emprender los primeros pasos para cicatrizar verdaderamente las divisiones vascas en el siglo XXI? Y, si la respuesta es negativa, ¿por qué no?